

Vitaminas

FEDERICO CALVO

Glándulas de secreción interna.—La fealdad y la belleza

La palabra «vitamina» es de reciente uso y, sin embargo, ya tiene garantizada la existencia y ocupa lugar señalado en el léxico científico, como que con ella se denominan substancias nutritivas de inmensa importancia y en cuyo estudio están comprometidos muchos científicos americanos y europeos.

La naturaleza de las vitaminas apenas ha sido sospechada; pero de lo poco que de ellas se sabe bien puede afirmarse que su estudio promete ser de incalculable valor en el terreno de los fenómenos nutritivos.

El profesor Hopkins, tratando de dar una explicación comprensible sobre un problema tan complicado, nos dice que la fundación de las vitaminas en los procesos bioquímicos es comparable a la del cemento en las construcciones materiales; ellas sirven para relacionar y estrechar las vinculaciones entre las substancias proteínicas, los carbohidratos, las grasas, las sales y el agua que contiene el cuerpo humano.

Es bien sabido que tales substancias, sin el auxilio de las vitaminas, no pueden de por sí producir y mantener la vida. Suministrándolas en forma sintética se ha comprobado, que, lejos de aprovechar, producen muy graves desarreglos orgánicos, tales como la detención del crecimiento en los niños y la muerte cuando dicho tratamiento es prolongado.

Para restablecer la salud en tales casos y encauzar de nuevo los procesos normales, es indispensable un riguroso régimen dietético a base de leche natural en muy pequeñas dosis.

De tales hechos se ha deducido que los alimentos sintéticos, los que el hombre pro-

duce en el laboratorio, difieren considerablemente de los que la naturaleza elabora, y que tal diferencia proviene de la falta de las vitaminas, sin cuyo concurso se hace imposible la asimilación nutritiva.

La composición química de estas substancias de tan valioso recurso en los fenómenos bioquímicos, apenas comienza a ser estudiada con todo interés. De tales verificaciones se ha comprobado que el reino animal es el gran productor de vitaminas y que las hay de diferentes clases y de mucha solubilidad en el agua y los aceites. También presentan una notoria resistencia al calor y a los agentes drásticos.

La vitamina «B», por ejemplo, se encuentra en el embrión de los cereales, y cuando éstos se pilan demasiado y se pulverizan pierden sus condiciones nutritivas y devienen nocivos para la salud. El beriberi, la pelagra, el escorbuto y el raquitismo, provienen de la ingestión de arroces demasiado limpios, no porque éstos contengan gérmenes infecciosos, sino porque al pillarlos y limpiarlos pierden las vitaminas y con ellas todo su valor alimenticio. Esta clase de vitaminas es de una gran solubilidad en el agua.

Las vitaminas «A» son solubles especialmente en los aceites y grasas animales. La crema de la leche es rica en vitaminas de esta clase, lo mismo que los aceites de pescado. Los aceites vegetales carecen de ellas, y de ahí que se cometa error muy grave al creer que las oleomargarinas disfrutan del mismo coeficiente isodinámico de las verdadera mantequilla. El efecto de estas vitaminas es muy notorio en los fenómenos de crecimiento y desarrollo. Las partes verdes de los vegetales como los tallos y las hojas las contienen también en gran cantidad.

La vitamina «C», también soluble en el agua, es, al decir del doctor Drummond, un

elemento anti-escorbútico y se encuentra en el jugo de las frutas, muy especialmente la naranja y el limón.

Lo cierto del caso es que las vitaminas son de manifiesta importancia en los fenómenos nutritivos y que de la normalidad de éstos dependen las buenas condiciones orgánicas. A este propósito debemos recordar la importancia de las glándulas de secreción interna de que hablamos en el número anterior de esta Revista, demostrando cómo sus funciones secretoras intervienen en la nutrición.

De manera, pues, que todos los secretos nutritivos parece que están comprendidos en las funciones de las glándulas de secreción interna y en las vitaminas que contienen los alimentos que ingerimos.

Y una vez que hayamos despejado la incógnita de este problema estaremos capacitados para combatir con acierto todas las fealdades y deficiencias humanas. La normalidad nutritiva determina la belleza corpórea y todas las condiciones de la buena estructura orgánica.

Está suficientemente averiguado que todos los desperfectos y todas las anomalías que el hombre presenta provienen directamente de la mala nutrición. El raquitismo, que es terreno apropiado para todas las enfermedades, tiene por causa principal la incapacidad nutritiva; las caries dentales, la calvicie prematura, los desperfectos de la piel, el color detestable, la flacura y la gordura excesivas, la estatura desproporcionada y sin garbo, el nanismo ridículo, las jorobas, el idiotismo físico y moral, las conformaciones defectuosas y todo lo que significa fealdad repugnante, dimana de la mala nutrición.

El vicio y el delito, los malos caracteres, el impulsivismo, las perversiones sexuales, la amoralidad, la pereza y la desidia, son igualmente exponentes de la mala nutrición. Los senos enjutos, las ancas reducidas y las pantorrillas enflaquecidas son los estragos de la mala nutrición en el bello sexo.

La belleza y atractivos de la especie humana son la obra de las vitaminas y de la normalidad de las glándulas de secreción interna.

Algo de Historia Natural del Istmo de Panamá

J. C. MARCELI

Grandes minerales de oro y otros metales

QUE la conformación geológica del Istmo sea moderna, que su masa haya sido removida por conmociones sísmicas o erupciones volcánicas y han formado una capa de conglomeración roquiza, nada tiene de particular; esto ha sucedido en todo el mundo, en las primeras edades; primero desgarramientos sísmicos, más tarde erupciones volcánicas que han cubierto de un manto de lavas toda la superficie del globo; y con respecto a estudios geológicos de la masa pétreo del Istmo de Panamá, exceptuando el trayecto del Canal, no he oído que se hayan hecho sondajes profundos, para conocer la formación de las capas interiores.

La cordillera de los Andes, que cual espina dorsal de la América, se estrecha en el Istmo, como comprimida por presiones laterales, haciendo que su lomo se cleve a

regular altura, es el más apropiado para el estudio de su conformación; los estratos, en las fallas del terreno y los cortes hechos por las corrientes aluviales al través de las rocas, enseñan al geólogo la edad a que pertenecen y si sus masas encierran minerales preciosos, contemporáneos de ellas; pues no busquemos minerales de tal o cual clase en terrenos en cuyas edades no ha aparecido, como no busquemos luz donde reinan las tinieblas.

Las costas del Istmo son las menos apropiadas para estudiar su conformación, pues están compuestas de fragmentos desprendidos de las montañas, y que una metamorfosis ha transformado en terreno vegetal o estratos de rocas sedimentarias, y para conocer sus formaciones interiores tendríamos que hacerse profundos sondajes.

Los estudios geológicos hechos en las rocas de las montañas y en los cauces de los ríos, demuestran que la parte superior de

las montañas están formadas por rocas ígneas, grandes basaltos y todo un cortejo de productos volcánicos, pero a partir de cierta altura ya no se encuentra sino una que otra roca volcánica aislada, dando paso a los estratos sedimentarios de diferentes edades, como lo comprueban los fósiles de diferentes épocas que su masa encierra, y esto demuestra que el Istmo ha estado sumergido en las aguas del Océano.

La falta de conocimiento exacto de la conformación geológica del Istmo ha hecho que se diga que no existen minerales de importancia, en cantidades, de consideración apreciable; mas los hechos demuestran lo contrario.

Desde el tiempo de la dominación española fueron explotadas las minas de oro del Darién, Santiago de Veraguas, Los Santos, Coelé del Norte, Los Placeres del río Pequení, Peluca, etc., etc. También demuestra la existencia de oro en la Provincia de Chiriquí, el hecho de que en las tumbas de los indios se encuentran objetos de oro en abundancia.

Después de la dominación española se han extraído de las minas del Darién grandes cantidades de ese metal, y lejos de creer que se hayan agotado, creo más bien que apenas se han tocado sus filones, pues en toda esta región se encuentra oro, tanto en sus quebradas, como en sus montañas.

Los españoles, no explotaron otras minas que las de oro, por ser imposible en esos tiempos el transporte de los otros minerales, y aun en las de oro no explotaban sino los lavaderos y vetas de rocas blandas, por carecer de maquinaria para moler el cuarzo; el país está lleno de vetas abandonadas por los españoles y aun nadie ha tratado de gastar algún dinero para conocer la cuantía de su riqueza.

Desde el año de 1896 a 1902 extrajo la «Caribbean Manganese Co.» de las minas de Viento Frío 48,000 toneladas de manganeso; otra Compañía extrajo de las minas de la Isla de Culebra otra cantidad considerable, en esa misma época.

Desde el año de 1917 a la fecha, el señor Hyatt ha extraído de las minas de Mandiga 22,000 toneladas. De aquí a poco el señor Hyatt pondrá en explotación los grandes depósitos de manganeso del Río Boquerón y para su extracción construirá una vía férrea de 20 millas de largo, cuyo costo está calculado en más de \$ 300,000.00 oro.

De este mineral hay grandes cantidades en toda la costa Atlántica; desde Coelé del Norte hasta la región de San Blas, incluso

ésta, sin contar con que esta región ha sido apenas explorada en parte.

En esta misma región de San Blas se encuentran grandes depósitos de hierro oligista, de la variedad de hematites roja, igual al hierro de España y superior en calidad al de las minas de Inglaterra, Francia y Alemania, y sólo es inferior al hierro magnético de Suecia; la fama del hierro de Inglaterra no proviene del hierro de sus minas, sino de la importación que hace de la hematitis roja de España y el hierro magnético de Suecia; el análisis del hierro de la costa de San Blas da 56 por 100 y en Alemania se utiliza la hematitis parda (limonita) hasta el 12 por 100; estos depósitos están a la vista de todo viajero que visite las costas de San Blas en los puntos siguientes: Ticantiquí, Caledonia, Tupile, Playón Chico y Cabo de San Blas, y si no se han explotado todavía es por la abundancia de hierro en las minas de los Estados Unidos y el costo de su transporte en esta época de escasez de buques.

La guerra europea ha influido en el alto precio de los minerales de cobre, en su creciente aplicación en todas las industrias; en las minas se trabaja día y noche, para dar abasto a las necesidades del mercado, sin poder alcanzar a llenarlas y esto ha influido en que los grandes sindicatos mineros hicieran un cateo en los yacimientos de cobre del Istmo, tomando grandes extensiones de terreno para su explotación.

El señor Kerr, representante de un gran centro minero de California, que posee minas en todo el mundo y entre ellas poderosas minas de cobre en Chile, me decía: «es posible que en el Istmo se encuentren ricos minerales de cobre, pero yo me conformo con uno de poco porcentaje, sólo quiero un vasto campo de laboreo, del cual estoy casi convencido que se encuentra en el país»; poco tiempo después, tomó una gran extensión de terreno en las minas de cobre de Tolé, Provincia de Chiriquí; lo mismo sucedió con otra Compañía en las minas de San Francisco, Santiago de Veraguas, y ésta apenas ha principiado sus labores y ya ha mandado la primera remesa de ese mineral a Inglaterra; tengo muestras de este mineral y es uno de los que más porcentaje tiene entre los minerales de cobre; de este tenemos en la Provincia de Colón y otras partes de la República que no ha sido cateado aún, pero que llegará su tiempo.

También se encuentran minas de plata en Santiago de Veraguas y otros lugares que, desde que los españoles los dejaron, nadie se ha ocupado de ellos, como también las

de plomo y plata (galena) de Río Piedra, Provincia de Colón.

Hermosos ejemplares de mineral de antimonio han sido encontrados en las cabeceras del río Bayano, Provincia de Panamá, por caucheros que transitan por esos lugares y que por falta de conocimientos en el ramo de mineralogía, no han podido localizar su procedencia.

La arcilla blanca, que en el interior de la República se le da el nombre de barniz y que pintan con ella las casas, no es otra cosa que el mineral que se llama kaolin (caolín) y que se utiliza para una variedad de artículos, entre ellos la fabricación de la porcelana, el papel de imprenta y extracción del aluminio.

De este mineral se encuentra en gran cantidad en río Indio y en casi todo el interior de la República; ha sido analizado en los Estados Unidos en 1911 por cuenta del señor Hyatt y de su análisis (que tengo en mi poder) resulta de superior calidad y exento de toda impureza, ofreciendo por ella a razón de nueve pesos oro la tonelada, tal como se encuentra en el terreno.

La costa atlántica está llena de minerales de calcio y es muy rica en arcillas propias para la fabricación del cemento; una fábrica de éste en el país, no sería una empresa baladí, pues el consumo de éste en el Istmo representa muchos millones de pesos al año y cada día va en aumento su uso, más, si se proyecta la construcción de caminos de concreto.

Aluminio.—Este metal se extrae de la lumina y se encuentra en todas las arcillas; es blanco como la plata, ligero, maleable y tenaz en alto grado; es inalterable al aire seco o húmedo y resiste a la acción de casi todos los ácidos; estas propiedades le hacen útil en extremo o en todas las industrias, principalmente en la electricidad y construcción de aeroplanos y dirigibles, y el día que se pueda obtener a bajo precio, se utilizará como el más precioso de los metales.

De los minerales que contienen aluminio, uno de los más importantes, y del que se extrae hoy día es la Bauxita (hidrato natural de aluminio y hierro); de este mineral tenemos en gran cantidad en toda la región del alto Chagres; una descripción minuciosa de esta región y de la bauxita fue publicada ha dos años en la «Estrella de Panamá» por un ingeniero de los que componían una comisión científica que estudió esta región; el excesivo costo de su extracción por medio de la electrolisis, ha-

cen que no se pueda explotar estos minerales en regiones lejanas donde no hay caminos para el transporte de grandes maquinarias que esas plantas requieren, mas llegará el tiempo en que la necesidad obligue a beneficiarlo donde se encuentre.

También contamos en el Istmo con minerales combustibles, tenemos algunos depósitos de azufre, fuentes de betunes y carbono; hace más de veinte años, yendo para el Darién, encontré unos nativos encendiendo fuego en la playa, y al preguntarles de dónde sacaban el aceite con que empapaban la leña, me dijeron que de los charcos del río Alquitrán; prueba evidente de la existencia de fuentes de petróleo en esa comarca; también he oído decir de otros lugares en que han aparecido rastros de sustancias bituminosas; en Bocas del Toro una Compañía está haciendo sondajes en busca de petróleo y no es posible creer que van a hacer trabajos de esa cuantía, sin antes estudiar los estratos peculiares a esta sustancia; varias comisiones geológicas han hecho y están haciendo estudios de las conformaciones del Istmo y cada una de ellas guarda para sí lo estudiado, para aprovecharlo a su tiempo; parece que el problema es de suma importancia.

Carbono.—Tenemos afloramientos carboníferos en casi toda la República: en Río Indio, Provincia de Colón; Coelé, Chiriquí, Santiago de Veraguas, Los Santos, Bocas del Toro, etc.; manifestados en calidad de Lignito, Antracita y Turba; su calidad no es mala para ser encontrado en la superficie del terreno; este carbono ha sido ensayado en Alemania y Estados Unidos y se ha encontrado que es propio para la fabricación de panes comprimidos, como los que se usan en Francia, en los ferrocarriles y vapores

En los Estados Unidos, Inglaterra y otras partes ha aflorado este mineral, del mismo modo que en el Istmo, lignito, turba y sólo a grandes profundidades se ha encontrado la hulla grasa, que constituye una verdadera riqueza para esos países; en los Estados Unidos se han encontrado a más de mil ochocientos pies de profundidad y en Inglaterra a mucho mayor; en Chile las vetas de carbón se extienden a muchas millas bajo el Océano y esto no impide que se siga explotando.

El motivo que ha impedido que en el Istmo no se haya resuelto este problema es el poco espesor de sus capas que se han podido estudiar. En Bocas del Todo la casa de Dolder y Compañía, allá por los años de 1878, pidió a Alemania una maquinaria pa-

ra comprimir panes de lignito y el gasto excesivo de más de cien mil pesos oro que costaba, le hizo abandonar el propósito. Nadie ha hecho sondajes profundos en estos lugares para ver de encontrar capas de mayor espesor y mejor carbono, y sólo se han concretado a examinar los afloramientos expuestos a la intemperie por miles de años, que le hacen desmejorar de su primitivo estado.

Los estudios geológicos hechos en el Istmo no nos han dicho todavía, si la diferencia del nivel de altura en que se encuentran estas capas carboníferas, y que varían desde mil quinientos pies de altura hasta el nivel del mar, pertenecen a un mismo extrae-

to, que sigue las ondulaciones del terreno o son capas separadas.

Si pertenecen a un mismo extracto, tendría que hacerse sondajes, para ver si existen otras capas interiores, y si estas capas son independientes unas de otras, es prueba que le sucederán otras más profundas y por consiguiente de mejor calidad y mayor espesor.

Apenas comienza la verdadera industria minera en el Istmo, pues los trabajos anteriores no han pasado de meros ensayos, faltos de dinero y conocimientos científicos, y tal vez Panamá, país reputado sin minas, pasará a ser el país de las minas.

Colón, Julio 10 de 1919.



Los Generales ingleses juzgados por un escritor inglés

Los Generales ingleses son sólidos, pero no brillantes ni magnéticos

PHILIP GIBBS

Carecen del secreto de entusiasmar a sus hombres y tuvieron que aprender la táctica moderna pagándola a buen precio de errores que costaron mucha sangre en los primeros años de guerra

(N. de R.)—Philip Gibbs, autor del trabajo que aquí insertamos tomándolo del New York Times, adquirió durante la guerra la reputación de ser el mejor cronista militar en lengua inglesa. Sus observaciones sobre los generales ingleses no tienen desperdicio.

nión favorable o contraria en cada pequeña acción, y más todavía en una serie de batallas como las que tuvieron lugar en el frente inglés, y un caudal de datos tan considerable es inasequible. Todo lo que es posible hacer actualmente es un examen en líneas generales de las principales cualidades del alto comando y fijar la atención en algunas de las debilidades y fallas de los métodos, carácter y conducta de los jefes. En este artículo yo me propongo anotar, no ciertamente con espíritu dogmá-

lo mismo que sus padres y abuelos, en su calidad de casta hereditaria. Muchos de ellos habían servido en la India, Egipto y Africa del Sur, y se habían distinguido antes que todo, en sus días juveniles, por su bizarría personal, y más tarde por el talento administrativo o prestigio adquirido dentro de su propia profesión. El ascenso por favoritismo era una práctica que había sido abandonada durante la guerra de Africa y es un hecho rigurosamente cierto que en esta guerra no había favoritos en nuestro alto comando que debieran sus puestos a influencia de faldas, o de mero rango, en las altas esferas.

Exclusividad de la caballería en el comando

En lugar de las influencias que dejo apuntadas, había cierta exclusividad de comando a favor de la caballería como rama primera del ejército. Esto se hacía notar por el número de generales de caballería entre los jefes militares. Tanto Sir John French como Sir Douglas Haig, nuestros dos generalísimos, salieron de la escuela de caballería y se formaron en el espíritu y tradiciones de este cuerpo. En una guerra que dependía menos de la caballería (en lo que respecta al frente occidental) que cualquiera otra guerra de la historia, esto quizás era de lamentarse, por más que ningún comandante en jefe necesita profundos conocimientos técnicos de ingeniería, química y otras materias que desempeñan un gran papel en la guerra moderna, siempre que tenga los altos atributos que hacen a un general, incluyendo el magnetismo personal para influir en la imaginación de sus tropas, rapidez y seguridad de juicio y aquel sentido intuitivo de la maniobra oportuna que solamcentemente pertenece al genio. Físicalemente, muchos de nuestros generales eran extrañamente parecidos. Eran hombres cincuentones, con quijadas cuadradas, con curtidadas y coloradas mejillas, ojos grises de mirada indagadora y algo dura, pelo entrecano cortado al rape, con un pequeño bigote blanco recortado con esmero sobre la línea del labio superior.

El General Horne, del 1o. Ejército, el General Byng, del 3o. Ejército, el General Rawlinson, del 4o. Ejército, el General Haldane, del 6o. Ejército, el General Haiken, del XI Cuerpo, el General Snow, del VII Cuerpo, y otros generales de división, tales como De Lisle, Nogent, Braitwaite, Ferguson, Congreve y Pinnie podrían todos describirse de ese mismo modo, a despecho de

algunas diferencias individuales de esas que distinguen a los hijos de una misma madre.

Cualidades de los Generales

Moralmente, sus cualidades eran también semejantes. Todos tenían gran valor físico... aunque el valor no se pone muy a prueba en el generalato moderno, ya que, más arriba del rango de brigadier, se trabaja lejos de la línea de batalla, a menos que esta línea se corra en una dirección inesperada. Eran severos disciplinarios y juzgaban de la cualidad de las tropas por su corrección al saludar y al marchar, cosas que no tuvieron nada que ver con las hazañas de los australianos. La mayor parte de los generales eran conservadores por tradición política y por instinto hereditario y conservadores también en ideas y métodos militares. Tenían desconfianza del individuo brillante y se inclinaban a considerarle peligroso y no les eran de ninguna manera propicios a los jóvenes que aspiraban a escalar los altos puestos a expensas de sus blancos cabellos y larga experiencia. Eran industriuosos, competentes, concienzudos, nunca inclinados a posponer sus horas de trabajo a una vida de comodidad, y como estaban siempre dispuestos a sacrificar, si era necesario, su propia vida por la patria, exigían igual voluntad de sacrificios en cada oficial y en cada soldado bajo su mando, tratando sin compasión a todo el que se manifestaba rehacio o flojo en el cumplimiento de su deber.

Es de lamentarse que entre estos generales ingleses no hubiese ni uno solo cuya personalidad poseyese esa misteriosa pero esencial cualidad del gran jefe militar: la de inspirar en sus hombres exaltados sentimientos de entusiasmo, devoción y fe. No parecía importarles mucho a los soldados si un comandante de Ejército, o comandante de Cuerpo o de División, aparecía al lado del camino viéndoles marchar con rumbo al combate o de vuelta del combate. Veían ellos a uno de estos duros hombres bajo el casco de bronce, con su curtida faz y blanco bigote, y ningún soplo de emoción los agitaba, ningún grito de súbito entusiasmo les salía de la garganta en presencia de aquel general, como cuando Wellington surgía montado en su caballo blanco allá en la guerra de España, o como cuando Napoleón saludaba a su Vieja Guardia... ni siquiera como cuando nuestro Lord Roberts aparecía inclinado como un pequeño faeón sobre su enorme corcel de guerra.

La personalidad de Foch

De cada diez hombres de tropa, ni siquiera nueve se sabían el nombre de su jefe o comandante de cuerpo. Eso no les importaba a ellos. Ellos no afrontaban la muerte con más heroico valor para obtener un gesto de aprobación de parte de un ídolo militar. Era esto debido en parte a las condiciones de la guerra moderna, que en los generales de alto rango hace difícil el contacto directo con sus tropas y con las masas de hombres envueltos en operaciones. Pero estas dificultades habrían sido salvadas por un general de personalidad impresionante, capaz de herir la imaginación de sus hombres con palabras de fuego pronunciadas en el momento oportuno, dotado de honda simpatía humana y realzado por el brillo de victorias obtenidas mediante un ímpetu de aventura extraordinaria que arrancase favores al adverso azar.

Ningún hombre de este temple apareció en el frente occidental hasta que Foch obtuvo el comando supremo. En el frente inglés no existía ningún general con el dón de la palabra—un dón demasiado desdeñado por nuestros hombres de acción—o con carácter y prestigio suficientes para deslumbrar la imaginación popular. Durante la retirada de Mons, Sir John French gozó un momento de ese prestigio personal; su presencia significaba algo para sus hombres a causa de su reputación en el Africa del Sur; pero después, cuando comenzó la guerra de trincheras y la diaria rutina de la carnicería producida por el fuego de los alemanes, cuando nuestra artillería comenzó a mostrarse deficiente y nuestra infantería quedó reducida a atacar posiciones fijas de mucha fuerza sin apoyo adecuado y sin esperanza ninguna de triunfar de tales dificultades, el prestigio del generalísimo se fue borrando de la mente de sus hombres y no quedó en éstos ni un destello de admiración. La sangre y el lodo borraron enteramente el brillo personal de la figura central.

La timidez de Haig

Sir Douglas Haig, que siguió a French, tenía la desventaja de haber recibido la herencia de desilusión de ejércitos que habían visto cómo la guerra en el frente occidental iba a ser una larga y monótona lucha con enorme carnicería y sin ninguna señal visible del fin en perspectiva. Sir Douglas Haig, en su cuartel general de St. Omer, y luego en Montreuil, cerca de la

costa, gozaba del afecto y la lealtad de sus oficiales de Estado Mayor. Hombre de muy buena presencia, con facciones finas realzadas por la firme línea de la quijada, y de singular dulzura, cortesía y sencillez de maneras con todos los que a él se llegaban, tenía cualidades que hubieran podido elevarle a la suprema altura de la influencia personal entre sus ejércitos, si no hubiera sido por un defecto muy grave de su carácter y por la situación tan difícil que ocupaba.

Era intensamente tímido y reservado, huyendo de toda publicidad de una manera casi mórbida, y manteniéndose siempre lejos del lado humano de la guerra. Era constitucionalmente incapaz de hacer un gesto dramático ante una multitud, o de decir fáciles, impresionantes cosas a los oficiales y hombres a quienes pasaba revista. Su timidez y reserva le impedían también, creo yo, enterarse tanto como hubiera sido de desear de la opinión de los oficiales y soldados y de adquirir informes directos de ellos. Por desgracia él obtuvo el supremo comando de los ejércitos ingleses en el frente occidental, precisamente cuando en los campos del Somme y de Flandes, de Picardy y Artois, había menos oportunidad para estrategia brillante, pues todo se reducía por fuerza a martillazos dados con la carne y la sangre de los soldados contra aquellas terribles fortalezas (el sistema alemán de trincheras; veintico millas de túneles y nidos de ametralladoras), y cuando la inmensidad de las pérdidas entre las tropas inglesas no guardaba la menor proporción con las ganancias de terreno obtenidas, lo que hacía que los espíritus de nuestros hombres se exasperasen contra esta carnicería de su juventud, mirando cada día con más rencor a los generales que dirigían estas inútiles hecatombes.

Prejuicios contra el Estado Mayor

Habo veces en que el disgusto se acrecentó hasta la furia, de tal modo que un joven oficial de Estado Mayor, con su rojo capote y su aspecto marcial, era algo así como el trapo colorado para el toro entre los oficiales subalternos y la tropa, quienes le deseaban la muerte con toda su alma, exaltando su pequeña personalidad, vestida de una elegante capa y de pantalones grises y botas muy bien pulidas, al elevado pero sombrío rango de «Estado Mayor», aquel mismo que mandaba a los soldados al asalto de posiciones inexpugnables, aquel que envia-

ba órdenes contradictorias y escribía montañas de documentos llenos de instrucciones imposibles que hacían el tormento de los ayudantes y la irrisión de las tropas. Este prejuicio contra el Estado Mayor era alimentado por los ardores reprimidos de la cólera y de la desesperación. Gran parte de él era enteramente injusto y aún el bizarro oficialito de Estado Mayor, con su capa roja y sus botas brillantes, no era por lo general tan tonto como parecía, sino, al contrario, un bravo militar que había probado su valor en los primeros días de la guerra y que ahora estaba cumpliendo su deber, casi tan monótono como el trabajo diario de un escribiente de oficina, con verdadera asiduidad y un sentido exagerado de su importancia.

Personalmente, y con completa honradez, yo puedo rendir tributo a muchos de nuestros oficiales de división y de Estado Mayor por su actividad, eficiencia y devoción al deber. En el curso de las batallas, yo los he visto cientos de veces trabajando desesperadamente por largas horas, sin tomarse tiempo para descansar, a fin de que sus soldados no carecieran de alimento y municiones, y para que la artillería apoyara a tiempo los avances y para que las tropas de la reserva acudieran en su auxilio en el momento y sitio oportunos.

Eficiencia administrativa

Por el lado administrativo, nuestra máquina de guerra era maravillosa en su método y organización y los ejércitos funcionaban como piezas de un reloj. El transporte era excelente y había una cosa que nunca dejaba de llegar al pobre Tommy Atkins, a menos que lo fuera una bomba, y era su comida. El suministro de vituallas y municiones estaba organizado maravillosamente. Nuestra sección de expertos geográficos era tan buena que despertaba la admiración de los franceses. Nuestro servicio de información era, por regla general, excelente, y a veces hasta demasiado minucioso en la exactitud de sus datos acerca de la disposición de las fuerzas del enemigo y movimientos probables. De manera que el Estado Mayor no era tan inepto como algunos oficiales jóvenes de batallón vociferaban de cuando en cuando, en los accesos frecuentes de mal humor que padecían dentro de sus cuevas.

No obstante, había mucho que criticar con justicia, y no hay duda de que los generales ingleses cometieron muchas faltas, algunas inevitables, porque es humano el errar,

pero otras debidas a una manifiesta y lamentable estupidez.

Deseo de ganar terreno inútil

En los primeros días, la falta principal de nuestros generales consistía en su deseo de ganar terreno a toda costa, terreno que una vez conquistado resultaba sin ningún valor. Ellos organizaban pequeños ataques contra posiciones fuertes, horriblemente costosas de conseguir y después que los soldados con un valor desesperado habían logrado apoderarse de unas pequeñas yardas de tierra, se encontraban con que habían hecho otro pequeño saliente, que emergía del frente en forma de V, de modo que era más bien una ratonera para los mismos hombres que lo habían conquistado. Esto se hacía constantemente y yo recuerdo que un distinguido oficial dijo con amarga ironía, al referirse a los muchos hombres muertos: «Nuestros generales tienen que conseguir su pequeña V a cualquier precio, para rehabilitarse ante el Cuartel General».

En la batalla del Somme, atacaron objetivos aislados en frentes demasiado angostos, y así el enemigo pudo cómodamente barrer a nuestros hombres con el fuego de su artillería, concentrado sobre nosotros desde varios puntos, en lugar de obligársele a dispersar sus fuegos por medio de un ataque general en un frente amplio. En los días de la guerra de trincheras, cuando la artillería enemiga era mucho más fuerte que la nuestra, y cuando su infantería nos sobrepujaba considerablemente, nuestros generales insistían en que las tropas inglesas adoptaran una actitud «agresiva», con el resultado de que eran aniquilados, en lugar de adoptar como los franceses una actitud prudente de espera hasta que viniese la ocasión de un golpe grande y decisivo. Las batallas de Neuve Chapelle y Loos, en 1915, nos costaron miles de muertos y no nos dieron ninguna ganancia apreciable; y tanto el trabajo del Estado Mayor como el de los generales fué, en opinión de muchos oficiales que presenciaron aquellas batallas, lamentablemente deficiente.

Murieron para poder aprender

Después de todo, nuestros generales tenían que aprender su lección, de igual modo que el soldado y el oficial, en condiciones de táctica militar que nunca habían sido vistas antes, y los soldados y los jóvenes oficiales de batallón pagaban con su muerte la lee-

eión que estaban aprendiendo los generales. En el curso del tiempo las cosas fueron mejorándose y los generales ingleses se hicieron menos temerarios en su optimismo y menos rígidos en sus ideas. Yo estoy seguro de que los generales y Estado Mayor del segundo Ejército, comandado por el General Herbert Plumer, llegaban a un grado de perfección tan alto como pudiera esperarse de cualquiera organización humana y todos los oficiales británicos que sirvieron en aquel ejército estarán de acuerdo con este aserto. Sir Herbert Plumer se acercaba, creo yo, al tipo del caudillo ideal, dotado de personalidad propia, más que ningún otro comandante que me sea dable mencionar, exceptuando quizás al General Birdwood que mandaba un cuerpo de ejército australiano. La cara de viejo bull-dog de Plumer y sus ojos azules, le eran familiares a cada soldado y todos le querían y tenían fe en él, especialmente porque él siempre estaba pendiente de su comodidad y nunca les abandonó durante los penosos trabajos que conducen al aseguramiento de la victoria en batalla. La batalla de Witschaeste y Messines, en Junio 7 de 1917, fue la batalla más bien organizada de cuantas recuerdo, y condujo a una grande y espléndida victoria, debida enteramente a las preparaciones preliminares que comprendían toda clase de detalles. Sir Herbert Plumer tenía la ventaja de estar aconsejado por un jefe de Estado Mayor que tenía verdadero genio y era, en mi humilde opinión, el cerebro único que iluminaba a los ejércitos ingleses en campaña, aunque un desconocido totalmente para la fama popular. Este era John Harington, que tenía un cerebro agudo como el filo de una espada, una inmensa facilidad para atrapar los detalles y una bella nobleza de carácter que era como una llama de contagiosa energía. El Coronel Michell, director de la sección de Información General del 2o. Ejército, era también un hombre de gran habilidad, y muchos otros oficiales de Estado Mayor en aquel ejército eran hombres brillantes y competentes.

El efecto de tal dirección se hacía notar en todo, y en este ejército había muy poco de aquella hostilidad entre los oficiales de batallón y el Estado Mayor que solía volverse tan virulenta de expresión en otros puntos del frente.

Lodo y sangre en el frente

Por desgracia, por una trágica ironía, el Estado Mayor del 2o. Ejército tenía que

dirigir toda su energía a la organización de aquel a serie de batallas en Flandes que tuvieron lugar en 1917 en cooperación con el 5o. Ejército, comandado por el General Gough en el ala izquierda. Y debido al estado del terreno, revuelto de una manera caótica por la artillería, con centenares de arroyos desbordándose desde las excavaciones destrozadas y con lluvias incesantes durante cinco meses, aquellos ataques resultaron asesinatos en masa para nuestros hombres. Había allí la más horrible mezcla de sangre y lodo, en el camino de Ypres hasta Passchendeale, que haya sido vista jamás en la historia de la guerra. El enemigo era aniquilado en cantidades inmensas y las batallas de Flandes forman parte de aquel horrible proceso de quebrantamiento del espíritu alemán cuyo costo para la juventud del imperio británico resultó aterrador. El 2o. Ejército preparó cada batalla poniendo atención extrema en todos los detalles, en contraste evidente con el manejo de otras tropas, pero así y todo aquello no era más que una organización del desangre colosal de los muchachos ingleses, escoceses, irlandeses, australianos y canadienses, que sufrieron más de 800,000 pérdidas en aquel negro año de 1917.

En un artículo anterior ya he tratado del episodio de la retirada inglesa en Marzo y Abril de 1918, señalando ciertas faltas e infortunios del 5o. Ejército, mandado por el General Gough: el empleo de un espacio de tiempo mayor sólo para complacer a los franceses, en un momento en que nuestros ejércitos habían sido extraordinariamente quebrantados por tremendas pérdidas, la ausencia de los hombres mejores de nuestras filas, enviados al socorro de Italia, y la falta de líneas defensivas bastante fuertes para contener el empuje formidable del enemigo al atacarnos con 114 divisiones contra 48 nuestras.

Las últimas batallas

Durante estos últimos días malos, el trabajo del Estado Mayor fue suspendido por algún tiempo, debido a la interrupción de las comunicaciones entre las unidades en el frente y el Cuartel General, y las pocas órdenes expedidas solían ser tardías, contradictorias e imposibles de cumplir, a causa de que la situación cambiaba de hora en hora. Pero a su debido tiempo, en el momento más crítico, el enemigo fue contenido y los generales ingleses rescataron su reputación por el maravilloso modo cómo, en Agos-

to del último año, después que Foch había dado su golpe mortal en el Marne con tropas francesas, americanas e inglesas, toda la línea británica evolucionó hasta caer sobre el enemigo, obteniendo una serie de victorias sucesivas, mediante redoblados martillazos que hicieron trizas al enemigo, según declaró el mismo Foch.

Estas últimas batallas que tuvieron lugar desde Agosto 8 a Noviembre 11, acusaron excelente dirección por parte de los generales, y en ellas por la primera vez Sir Douglas Haig y su Estado Mayor pudieron confundir y desquiciar al enemigo, mediante una serie de operaciones estratégicas y técnicas bien planeadas y llevadas a cabo con la ayuda del valor de 300,000 jóvenes que habían venido a llenar los huecos en las viejas filas y además con la espléndida cooperación de las divisiones americanas 27 y 30.

Fueron rehabilitados

Vemos, pues, que, a despecho de todas las críticas, el alto comando inglés quedó rehabilitado y obtuvo sus últimas victorias arrebatándose las porfiadamente a los generales alemanes, aquellos jefes de guerra profesionales que cometieron más equivocaciones que nosotros, a pesar de toda su ciencia y de toda su fuerza. No obstante lo que llevo dicho en sentido de crítica—demasiado fuerte quizás—no debe creerse de ninguna manera que niego las sólidas cualidades de muchos de nuestros generales de Cuerpo y de División, aunque en mi concepto no poseían gran genio.

Sir Julian Byng, que antes comandaba un cuerpo de ejército canadiense y luego se encargó del 3o. Ejército, era un hombre de una gran firmeza de voluntad y alguna audacia de imaginación, provisto además de algunas cualidades de las que hacen a un gran caudillo. El General Haldane del 6o. Cuerpo, que antiguamente mandó la vieja y gloriosa División 3a., tan espléndida en muchas batallas, era un hombre de agudo intelecto, mucha energía vital e inflexible resolución. El General Harper, del 4a. Cuerpo, a quien se conocía afectuosamente con el nombre de Tío Harper cuando mandaba la División 51, de inmortal renombre en esta guerra, me dio la impresión de ser un soldado de fuerte carácter e inflexibles decisiones y que además gozaba de la confianza de sus hombres. El General Nugent, de la División 36 y el General Hickey, de la División 16, eran bellos tipos de comandantes de división. El General Elles, que comandaba el

Cuerpo de tanques, mostró ser un hombre de extraordinario mérito en la organización de aquellas nuevas máquinas de guerra, con una sencilla nobleza de alma que le conquistó el cariño de todos sus oficiales.

Faltas del viejo sistema

Había otros hombres capaces, concienzudos, bravos, comandando nuestras divisiones. Pero lo que principalmente echaba a perder a nuestros generales era el Sistema, que ponía el alto comando en las manos de un grupo de hombres pertenecientes a la vieja escuela de guerra, incapaces, por razón de su edad y tradiciones, de romper con los métodos rígidos y hacerse elásticos frente a las nuevas circunstancias.

Nuestra academia militar había sido muy deficiente en su sistema de enseñanza, si es que estoy yo autorizado para formular tal opinión de algunos especímenes producidos por ella, que tenían cerebro de canarios y los aires mayestáticos de Postdam. Había también una especie de «trust» entre los oficiales del ejército regular, quienes tomaban para ellos la parte del león cuando se trataba de nombramientos, y así se mantenía postergados a muchos brillantes jóvenes de los nuevos ejércitos cuya mentalidad, para decir lo menos posible, estaba a más alto nivel que la de los consagrados de la academia. Aquí y allí, cada vez que el soldado no profesional obtenía una ocasión de puesto de responsabilidad en el frente o Estado Mayor, quedó bien probado el valor del sentido práctico de los negocios aplicado a la guerra, y esto se vió muy claramente—abrumadoramente—en la competente dirección de los Cuerpos de Australia, cuyos comandantes como los generales Hoobs, Monash y otros, eran hombres de la vida civil antes de la guerra. La misma cosa se observó en los Cuerpos del Canadá, cuyo comandante el General Currie había sido agente de negocios, y muchos de cuyos oficiales más distinguidos no habían tenido ninguna experiencia militar de importancia científica antes de que pasaran a Francia y comenzaran a dirigir sus tropas en Flandes.

Esta guerra, sin embargo, no la ganaron los grandes generales, ni entre los ingleses, ni entre los franceses, ni entre los americanos. La ganó el valor de los soldados de fila y de sus oficiales de regimiento. La ganó la fe generosa y el espíritu de sacrificio de una gallarda juventud que, a despecho de los trágicos errores y pavorosas carnicerías, supo abrirse el camino del triunfo.

Importantes documentos alemanes

Hindenburg explica y defiende la abdicación del Kaiser

(Reproducido del "Current History")

CON fecha 20 de Marzo de 1919, el Mariscal Hindenburg lanzó el siguiente interesantísimo manifiesto:

“La opinión pública ha vuelto a debatir recientemente la cuestión de las causas que llevaron al Kaiser a refugiarse en Holanda. Para evitar juicios erróneos, quisiera hacer las siguientes breves observaciones.

“Cuando el Canciller Imperial, el Príncipe Max de Baden, anunció la abdicación del Kaiser en Noviembre 9, sin la declaración previa de parte del Kaiser de su asentimiento, el ejército alemán no había sido derrotado, pero su fuerza había decrecido mucho y el enemigo tenía refuerzos nuevos preparados para un nuevo ataque. Se imponía urgentemente la conclusión de un armisticio. En este instante, de la más alta tensión militar, estalló la revolución en Alemania, los insurrectos se apoderaron de los puertos del Rin, de arsenales importantes y centros de tráfico en la retaguardia del ejército, poniendo así en grave peligro el aprovisionamiento del ejército, cuyas vituallas no alcanzaban sino para muy pocos días. Las tropas en las líneas de comunicación, al igual que las reservas, se desbandaron, y comenzaron entonces a llegar noticias desfavorables acerca de la lealtad de todo el ejército en operaciones.

“En vista de este estado de cosas, el regreso pacífico del Kaiser a su casa era imposible y sólo podía llevarse a cabo abriéndose paso a la cabeza de tropas leales. En tal caso, el colapso completo de Alemania era inevitable y la guerra civil se añadiría a la lucha con el enemigo de afuera, que indudablemente atacaría con furia redoblada. El Kaiser hubiera podido también ponerse al frente de sus tropas para buscar la muerte a manos del enemigo en un último ataque; pero el armisticio que el pueblo deseaba tan ardientemente hubiera tenido que aplazarse y muchas vidas de soldados habrían sido inútilmente sacrificadas. Finalmente, el Kaiser podía salir del país. El escogió es-

te curso de acuerdo con sus consejeros después de una severa lucha mental y solamente impulsado por la esperanza de que así servía mejor a su patria, salvaba a Alemania de más pérdidas, angustias y miserias y le devolvía el imperio del orden y la paz. No fue culpa del Kaiser el abrigar esta opinión.”

Carta del Kaiser al Crown Prince

Con fecha 9 de Noviembre, el Kaiser redactó y remitió al Crown Prince la siguiente carta:

“Mi querido hijo: Después que el Chambelán Mayor de Palacio me notificó que él no podía por más tiempo garantizar mi seguridad personal en el Cuartel General y que ya no se podía confiar más en la lealtad de las tropas, he resuelto, no sin una penosa lucha interior, abandonar el ejército, que está desquiciado, y salir para Holanda. Te aconsejo mantenerte en tu puesto hasta que se concluya el armisticio. En Berlín, dos gobiernos, bajo las jefaturas de Ebert y Liebknecht, están combatiéndose mutuamente. Espero volverte a ver en tiempos más felices. Tu fiel y hondamente conmovido padre,

WILHELM.”

Carta del Crown Prince a Hindenburg

Cuando el Crown Prince, después de haber tratado sin éxito de mantenerse en su puesto a la cabeza del ejército, decidió renunciar al comando supremo, remitió al Mariscal Hindenburg la siguiente carta:

“Muy honorable Mariscal de Campo: En estos días de nuestra vida tan penosos tanto para mi padre como para mí, yo también tengo que decirle adiós a su Excelencia. Con profunda emoción me he visto obligado a hacer uso de la autoridad que me concedió su Excelencia para renunciar mi puesto como Comandante en Jefe y establecer mi residencia tan pronto como sea posible en un país neutral. Sólo he podido llegar a esta resolución después de una dura lucha interior, pues es repugnante a mi carácter el no poder conducir mis bravas tropas de regreso a nuestra patria. Yo deseo, sin embargo, una vez más, explicar brevemente mi actitud.

“Contra muchas opiniones injustas que siempre han tratado de presentarme como un instigador de la guerra y como un reaccionario, yo adopté desde el principio el punto de vista de que esta guerra era para nosotros una guerra defensiva. Una y otra vez en 1916 y 1918, yo hice, de palabra y por escrito, manifestaciones a las personas interesadas en el sentido de que Alemania debía esforzarse por todos los medios a su alcance en terminar la guerra y darse por satisfecha con matenerse, contra el mundo entero, sobre la base del statu quo. En muchas conversaciones con el General Ludendorff insistí durante mucho tiempo en la conveniencia de una paz sensata mediante negociaciones y expresé la opinión de que la más favorable oportunidad para llegar a este fin la tuvimos cuando ocupábamos fuertes, formidables posiciones durante la ofensiva de la primavera y antes.

“En cuanto a la política interna, yo soy la única persona que podría oponerse al desarrollo liberal de nuestra constitución. Sólo hace unos pocos días que expuse esta opinión por escrito en carta dirigida al príncipe Max de Baden. Sin embargo, cuando la presión de los acontecimientos lanzó a mi padre del trono, no solamente yo no fui oído, sino que se pasó sobre mí enteramente en mi carácter de Crown Prince y heredero del trono. Ni yo hice ni se me pidió renuncia alguna. No obstante estos hechos, mi resolución era permanecer en mi puesto y mi único ideal el de conservar mi ejército compacto para evitar mayores daños y la desintegración de nuestra patria. La actitud del actual gobierno, sin embargo, fue autoritaria, oponiéndose a que permaneciera un momento más en mi puesto militar, y se me hizo saber perentoriamente que el gobierno no deseaba que yo siguiese prestando ningún servicio militar.

“Su Excelencia tomará también nota de que copias de esta carta han sido enviadas al Ministro de la Real Casa, al Ministerio Prusiano, al Vicepresidente de la Cámara Baja, al Presidente de la Cámara Alta, al Presidente del Gabinete Militar y a algunos de mis amigos entre los jefes militares.”

Ludendorff se dió cuenta de la derrota desde Agosto de 1918

El General Ludendorff, en el libro sobre la guerra que dió a la publicidad en Abril

de 1919, declara que la derrota de los alemanes en Agosto 8 (en la ofensiva franco-británica cerca de Albert y al Norte de Montdidier) dió por resultado que los alemanes perdieran toda esperanza de una victoria militar. Se celebraron conferencias con el Cancellor von Hertling, con el Almirante von Hintze, Ministro del Exterior y con Hindenburg, en los días 14, 15 y 16 de Agosto, y hubo también una reunión del Consejo de la Corona, «en la que yo declaré claramente que la guerra no podía ganarse militarmente», dice Ludendorff.

En los comienzos de Septiembre, el Comandante Supremo del ejército invitó—continúa Ludendorff—a von Hertling y a von Hintze a una conferencia en Spa. Hertling se excusó de asistir por razón de su avanzada edad. Se deliberó entonces sobre la situación en el frente occidental, considerándoseela como muy grave, según Ludendorff, quien añade:

“Yo me opuse a la proposición de paz insinuada por el barón Burian a causa de su vaguedad, pero defendí la conveniencia de una gestión de paz inmediata en alguna otra forma. (Burian era el Ministro del Exterior austro-húngaro y constantemente estaba haciendo tanteos de paz).

“El Comando Supremo tenía idea de aprovecharse de la mediación de Holanda. En Septiembre 8 se renovaron las discusiones entre von Hintze, von Hertling y yo. Von Hintze fue el primero en aludir a un cambio radical por razones de política interior. Entonces yo manifesté lo que sigue:

“Tenemos que obrar enérgicamente en la cuestión del armisticio y la paz. Toda la situación de Europa puede experimentar un cambio desfavorable a nosotros. El frente occidental puede en cualquier momento tener que retirarse más y mientras peor sea nuestra situación militar, más duras serán las condiciones.

“A la llegada de la nota del Presidente Wilson, fui a Berlín y sometí el siguiente cuestionario a von Hertling:

“Primero: ¿está el pueblo alemán dispuesto a continuar luchando? Segundo: ¿cuál es la opinión del Gobierno alemán acerca del peligro bolsheviki que yo tomo muy en serio? Tercero: ¿es la Ukraine necesaria para nuestro aprovisionamiento?

“La segunda nota al Presidente Wilson fue también enviada de acuerdo con el Comando Supremo del ejército. La contestación a nuestra nota claramente mos-

traba que el presidente Wilson carecía ya del poder de oponerse a las demandas de la Entente. Para replicar a la nota de Wilson, el Canciller me invitó otra vez a Berlín.

“La situación militar no había cambiado. En el Oeste, sin embargo, hubo una consolidación, y esta circunstancia en relación con las manifestaciones hechas por el Ministro de la Guerra en el sentido de que él podría, dentro de un período relativamente corto, darle al Comando Supremo 600,000 hombres, hizo que la situación pareciera tal que no era necesario rendirse incondicionalmente al presidente Wilson. Yo puse de manifiesto la necesidad de replicar a la nota en un tono de dignidad, con la consideración debida a los intereses del imperio. No se podía pensar en el abandono de la guerra submarina. El Almirante Scheer (antiguo jefe de Estado Mayor del Almirantazgo alemán) habló en el mismo sentido. Esta concepción fue mantenida por varios días en el gabinete de la Guerra. El doctor Solf, (antiguo Ministro del Exterior), sin embargo, rogó al Conde Wolff-Retternich y a otros que creasen una atmósfera de más suavidad. Solf triunfó. La guerra submarina cesó y el camino hacia la capitulación quedó abierto. Von Hindenburg protestó

inmediatamente contra esto y propuso que se apelase a la nación.

“Se veía claro en la tercera contestación del presidente Wilson que nuestros adversarios no deseaban sino destruirnos. Von Hindenburg y yo no teníamos duda de que si se resolvía luchar podríamos continuar la guerra por algunos meses más.

“Un máximo de esfuerzo podía causar su efecto en el enemigo y conseguírnos una paz tolerable. En Octubre 25, von Hindenburg y yo sometimos esta idea al Kaiser y más tarde a von Payer, Vice-Canciller. Salimos con la impresión de que el Gobierno Imperial no quería seguir peleando, sino que estaba dispuesto a aceptar las más duras condiciones.

“El día 26 escribí mi renuncia, pero a solicitud de Hindenburg no le di curso. Inmediatamente después, supe que el Comando Supremo había sido violentamente atacado en el Reichstag, con motivo de su orden relativa a la tercera nota de Wilson. Esta orden había sido suspendida por mí con estas palabras: «Dejemos que las cosas se pongan en claro». Solamente como resultado de una torpeza insigne pudo serle esta orden llevada a von Hindenburg sin conocimiento mío.”

El turno del trabajador

ALVIN JOHNSON

Este trabajo, tanto por su actualidad como por su originalidad y ausencia de sectarismo, merece recomendarse especialmente al lector.—(N. de R.)

TODO el mundo en los días que corren es un amigo del obrero. El hombre que trabaja debe tener su justa compensación. Y una justa compensación incluye salarios suficientes para sostener decentemente una familia. Incluye el máximo de cuidados para impedir accidentes; las más eficientes precauciones contra enfermedades industriales; reducir las horas de faena y evitar los jornales extenuantes (sweating wages). Hasta aquí estamos todos de acuerdo, al menos en teoría. Pero el obrero pide más, y, ante esta demanda suya, el acuerdo universal desaparece. El presidente Wilson, condensando las reclamaciones obreras, arti-

culadas en Inglaterra más claramente que en otros países, pero sentidas en todas partes, declara que «no es posible seguir de la manera que íbamos»; que debemos encontrar un nuevo camino que conduzca «no solamente a arreglos momentáneos, sino a una verdadera cooperación y sociedad basada en comunidad real de intereses y participación en el control efectivo». ¿Estáis de acuerdo? Si lo estáis, os encontraréis un poco aislados en los círculos donde los capitanes de industrias y sus asociados financieros y jurídicos se atreven a expresar lo que piensan. ¿Darles a los trabajadores participación en el control de la industria? ¡Cómo! Pero si eso es socialismo, o lo que es peor, bolshevismo. El presidente, se oye exclamar por voces irritadas, ha cambiado el cuño tradi-

cional de la democracia americana por la de un extranjero que está produciendo desórdenes en todas partes de Europa.

La democracia es la democracia; cuando tratáis de nacionalizarla, la despojáis de sus virtudes, del mismo modo que acabáis con las virtudes del cristianismo cuando lo convertís en un culto nacional. La democracia americana es una etapa en la evolución hacia la verdadera democracia. Nadie mantendría que no deja mucho que desear en lo que afecta a los más importantes particulares. Es defectuoso su sistema institucional, pero donde se nota más su deficiencia es en las presunciones y preconceptos con que el común de los americanos inteligentes aborda el problema obrero.

Una de estas presunciones, quizás la más fundamental y la más perniciosa, es la de que la condición de obrero es un status del cual los hombres «se elevan» a cosas más altas. «No tenemos clases en América. El más humilde obrero, si es industrioso y económico, puede levantarse a las más altas cumbres de la opulencia y el poder». «El más humilde», ¿habéis dicho? El millonario Charlie Schwab era objeto de humildad cuando guiaba su carro de leche o metía carbón en las calderas de las fábricas de acero. Ahora es objeto de la mayor reverencia. Es el mismo Charlie Schwab, sin embargo, con la sola excepción de que ha cambiado el vigor de la juventud por la solidez de la edad madura. El aumento en la estima pública no está en el hombre, sino en las circunstancias.

Del mismo modo, en los tiempos feudales era posible para un tan humilde individuo como un comerciante o un usurero—lo que ahora se llama un banquero—socorrer a un gran señor en cualquier trance peligroso y ser por ello elevado a la categoría de noble. Era posible para un despreciado escriba—lo que ahora se llama un abogado—el sacar al rey de un embrollo y ganarse un asiento entre los nobles. Era posible elevarse desde un oficio cualquiera, bien fuera la Banca, el Derecho, la Medicina, la Iglesia. Si uno carecía de las habilidades adecuadas al rango aristocrático, o si la ocasión no se presentaba, uno vivía penosamente y moría miserablemente en su humilde oficio.

Fue la conquista de las revoluciones de los siglos XVII y XVIII el despojar de su carácter de humildad a los negocios y profesiones de la clase media. Después de 1688 en Inglaterra, después del 1793 en Francia, dejó de ser necesario para un abogado o comerciante el «elevarse» del status en que se

había ganado la vida. Había ciertos privilegios aristocráticos viejos que se les negaban, pero ya tenían por sí prestigio bastante para hacerse la vida más plena y agradable. Después de dos siglos de emancipación de la clase media, pocos miembros de esta clase conservan idea del status anterior por que pasó. Mr. James M. Beek nunca piensa en ello, pero el hecho es que hace 300 años los hombres de verdadera importancia hubieran sentido por él la misma clase de desdén que él siente ahora por un cochero competente. Sin duda alguna, los más humanos entre ellos habrían disertado protectoralmente sobre la cuestión «de si no podría ayudársele a elevarse por encima de su pobre condición de escriba».

La democracia significa igualdad esencial entre los hombres, pero no puede haber igualdad entre los hombres, sino a base de igual dignidad en la función. Charle usted de igualdad todo cuanto guste; que por más que charle usted, nunca ha de considerar como sus iguales a los que tengan que levantarse por encima de su propio status para llegar al de usted, y esto lo sé ya todo obrero inteligente. Dice usted: «yo mismo fui un obrero también; yo me siento tan obrero como cualquiera de ustedes.» Nadie toma en serio estas palabras. Todo el mundo sabe que detrás de esas palabras late un sentimiento de complacencia que dice: «aun cuando yo nací en el seno de la clase obrera, ¡ved lo que he llegado a ser!» Pero es más; existe también latente la seguridad de que usted nunca perteneció realmente a la clase baja, de que usted tenía características que lo destinaban desde la cuna para ocupar posiciones más altas. Y es precisamente de lo que todo obrero respetuoso de sí mismo aspira a librar el mundo. El tiende a modelar de nuevo las condiciones de la vida y de la industria en tal forma que nadie que no sea un imbécil se atreva a hablar de elevarse desde el banco de carpintero hasta el lujoso escritorio del ingeniero, desde el arado a la Banca o la Judicatura o el Púlpito. El aspira a emancipar su ocupación y hacer una carrera respetable de ella, del mismo modo que los comerciantes y abogados de hace dos siglos emanciparon sus oficios.

La clase media conquistó su emancipación obligando a la sociedad que vivía de sus servicios a darles voz en el manejo de los asuntos públicos. Tan pronto como los comerciantes y abogados metieron sus narros en el presupuesto, los aristócratas y generales se encontraron con sus privilegios recortados. La clase trabajadora conquista-

rá su emancipación obligando a la sociedad a darle voz en los asuntos públicos que ahora revisten más importancia, los asuntos industriales. Cuando las cosas evolucionen en tal forma que debamos consultar a las uniones obreras de construcción, más bien que a las sociedades de rematistas, arquitectos e ingenieros, sobre la cuestión de la crisis de casas, cuando hayamos de consultar a los trabajadores del trust del hierro y el acero acerca de la escasez de acero, más bien que a Mr. Gary y a Mr. Schwab, los oficios manuales se convertirán en carreras de las cuales no habrá necesidad de «elevarse».

Pero esto—dirá usted—es tratar de enmendarle la plana a la naturaleza. El oficio de abogado—exclama usted—es evidentemente superior al de albañil. Del mismo modo los antiguos oficiales del ejército encontraban imposible que se tratara de igualar el status de abogado con el del soldado. El más inepto, el más ebrio general, ¿no era infinitamente superior al más hábil profesional de las leyes? Los abogados, como clase—me diréis—tienen un grado mayor de habilidad intelectual. Quizás; tendríamos sobre ello más luz cuando gastemos tanto esfuerzo en la enseñanza general de los albañiles como en la de los abogados. El trabajo del abogado aguza el entendimiento; el trabajo del albañil lo embota. Esto puede ser o no puede ser verdad; pero sea de ello lo que sea, lo que le interesa más a la sociedad es la energía mental que le queda disponible a un hombre para usos desinteresados, después de ganarse la vida, y el albañil puede tener tanta energía mental extra como el abogado cuando hayamos aprendido a ponerle fin al día de faena antes de haber llegado a extenuar al trabajador.

Nadie se propone reducir las condiciones económicas todas a un mismo nivel; nadie se propone eliminar los incentivos naturales que llevan a un hombre de una carrera a otra. Todo lo que la democracia requiere es que los oficios manuales estén revestidos de responsabilidad industrial y libres de los incidentes serviles del exceso de fatiga, a fin de que los hombres jóvenes con habilidad, orgullo y ambición que sientan por ellos inclinaciones naturales, puedan elegirlos sin el sentimiento de que están descendiendo en la escala de la humana dignidad. Eso es esencial a la democracia y es también esencial al progreso económico.

Cuando los negocios se convirtieron en

una carrera que un hombre de ambiciones podía profesar, fueron objeto de una expansión enorme. Los talentos que se habían perdido en la competencia excesiva para ocupar sitio en el estrecho margen de las ocupaciones honoríficas, tales como la del ejército o la administración pública, se hicieron útiles instantáneamente. Los ingleses tomaron la delantera en el establecimiento de los negocios del mundo sobre una base de efectividad, a causa principalmente de que ellos fueron la primera nación que convirtió el oficio de los negocios en una carrera respetable. Lo que entorpece el desarrollo económico de hoy no es tanto la falta de eficiencia comercial, como la apatía, cuando no el descontento positivo, del trabajador. Y es en vano esperar que el trabajo responda a los requerimientos de una producción intensificada, en tanto que la industria siga organizada sobre la base de amo y sirviente, con la clase de los amos llevándose de las filas aquellos elementos que en el gremio de los trabajadores hacen más falta para ilustrar a las masas, para dotarlas del espíritu de creatividad consciente.

Estamos perdiendo recursos inmensamente valiosos, a causa de que nuestro sistema no se aprovecha de la cooperación plena del trabajador. La diferencia en eficiencia entre el hombre que hace lo más que puede y el hombre que sólo hace lo bastante para conservar su empleo, es la medida de nuestra pérdida inmediata. Pero hay otra pérdida menos visible que es más grande aún. Esta es la pérdida de inventiva que resulta cuando los hombres dan su cuerpo al trabajo, pero no todo su espíritu. El proceso industrial es susceptible de infinitas mejoras de detalle y si los trabajadores estuvieran consagrados en alma y cuerpo al problema de la industria, sabrían exactamente dónde estas mejoras son necesarias. Ellos saben colectivamente más acerca de esto que cualquier administrador, por bien equipado que esté en conocimientos de ingeniería. La mayor parte de ellos carecen de la habilidad técnica para darle forma definitiva a la mejora, aunque sepan muy bien la deficiencia que hay que remediar. La habilidad de inventiva práctica es muy rara. Pero nadie puede dudar de que existe potencialmente un volumen mucho mayor de habilidad inventiva en toda la clase obrera que en un pequeño grupo de inventores que son los encargados exclusivamente de acelerar el progreso industrial de hoy. Lo que es necesario para el desarrollo de este re-

curso de valor incalculable es el interés activo de los trabajadores y el orgullo en su oficio, lo que no solamente encauzaría su pensamiento todo hacia los problemas de la producción, sino que los convertiría en auxiliares inteligentes de la instrucción técnica de carácter público. Y esto sólo puede ser obtenido a condición de que se revisen las relaciones entre empleado y empleador. Al empleado debe dársele su parte en la responsabilidad de la producción para que él a su vez dé la iniciativa de un hombre libre.

Pero en qué viene a quedar el interés del Capital cuando las demandas del Trabajo hayan sido satisfechas? Es un hecho digno de nota, en todo el curso de la reciente historia económica, que todo lo que al principio parecía ser sólo una demanda de la clase trabajadora, resultó al final siendo una demanda democrática cuya satisfacción mejoró los intereses de toda la sociedad. Cuando los trabajadores pedían más altos salarios, los patronos gritaban que se estaban sacrificando sus intereses. Fue un error. Ha habido ejemplos excepcionales de grandes provechos derivados de salarios bajos, pero el Capital es en conjunto más productivo donde los jornales son más altos. Comparémos la situación económica actual de América y la del Japón. Ninguno de los dos países sufrió económicamente a causa de la guerra, al contrario, sus industrias florecieron mucho durante ella. Ambos países conquistaron nuevos mercados, pero el Japón más que América. Y ahora que el comercio pacífico del mundo está a punto de reanudarse, no hay duda alguna acerca de la fuerza competidora de América. Pero la hay acerca del Japón. En América todo tiende a indicar un auje. En el Japón hay un gran miedo de depresión. Pero entre las naciones industriales es América la que paga los jornales más altos y el Japón los más bajos. Los altos jornales benefician. La

clase de los patronos en todas partes se alborota cuando las horas se reducen. Pero el efecto general de la reducción de horas ha sido un aumento de eficiencia en una proporción mayor. Las restricciones en cuanto a la explotación del trabajo de los niños y mujeres se emprendieron en bien de los trabajadores, pero resultaron luego un bien para toda la sociedad. Los trabajadores han de ganar muchísimo de una democratización de la industria, pero no hay razón ninguna para creer que el Capital habrá de perder. Al contrario; más beneficios se han de obtener en América cuando el trabajo obtenga su propio sitio en el manejo de las industrias.

Pero si éste no fuera el caso, si fuera claramente demostrable que otras clases habrían de perder, no solamente en poder sino en ganancia material, nadie que sea honradamente democrata en sus instintos abogaría por mantener el statu quo. Miremos la cuestión desde el punto de vista de la generación venidera, y así podremos juzgar imparcialmente, puesto que nuestro interés personal se habrá extinguido. ¿Le agradaría a usted, lector, la espera de un porvenir en que un muchacho o muchacha por cada diez pudiera elevarse a una condición de independencia y dignidad, mientras los otros nueve tuvieran que permanecer dependiendo de por vida del proceso angustioso del empleo y de la cesantía, sin otro interés en la obra por la cual viven que aquel que se les incluye en el sobre de pago? ¿O preferiría usted, más bien, esperar un porvenir en que el margen de ocupaciones que han sido emancipadas del status de esclavitud asalariada sea tan amplio como el campo total de la industria? Esta es la cuestión reducida a sus puntos esenciales. No hay duda alguna acerca del lado en que usted, llegada la ocasión, se colocaría, si es que es usted un democrata.

Recientes declaraciones de Bernard Shaw sobre las grandes cuestiones de hoy

EN el «New York American» vienen apareciendo, entre las manifestaciones de otros hombres eminentes en las letras y en la política, las ideas últimas del gran dramaturgo y pensador inglés acerca de los problemas del día.

Sobre la pobreza

“Aborrezco la pobreza; y de este sentimiento mío es fácil notar que participan todos los hombres, ya que todo el que puede evitar el ser pobre, lo evita, aun a costa de

cometer enalquiera atrocidad que no constituya técnicamente un crimen.

“El aforismo de que Dios hizo a los ricos y a los pobres, es una impostura. Desnudos vinimos al mundo y desnudos salimos de él. Si en el intervalo se nos antoja robarnos los unos a los otros, no es culpa de Dios. Con igual razón podríamos decir que Dios hizo a los arzobispos y a los ladrones, como una justificación de los ladrones.”

“Ceecil Chapman, un magistrado inglés bien conocido, declaró recientemente que los altos salarios son una de las causas que contribuyen al supuesto incremento de los delitos juveniles... ¡Qué interesante este Mr. Chapman! Si lo que él dice fuera cierto, sería cosa de aplaudir ese supuesto incremento de los delitos juveniles. Cualquiera pensaría que el tribunal de este juez se llena diariamente de hijos de millonarios.

“Supongamos que abolimos de repente todas las penas señaladas contra el escalamiento, incendiario, etc., y declaramos que la pobreza es la única cosa que no estamos dispuestos a tolerar; que todo adulto que sea sorprendido con menos de mil ochocientos veinticinco pesos (por ejemplo) al año, será inexorablemente ejecutado—después de anestesiarlo, para que no sufra—y que todo niño hambriento o mal alimentado será vestido y engordado a la fuerza... ¿No sería esto un enorme progreso sobre nuestro sistema actual, que ha destruido ya tantas civilizaciones y que está visiblemente destruyendo la nuestra en la misma forma?

“Venirme a mí con la pregunta de si la pobreza debe ser abolida, me parece cosa tan absurda como preguntarme «si la influencia debe evitarse» o «si debemos o no considerar el infierno como una residencia poco deseable».

“La pobreza es el mayor de los males y el peor de los crímenes. Nuestro primer deber—un deber al cual toda otra consideración debe sacrificarse—es el no ser pobres. «Pobre pero honrado», «la respetabilidad del pobre», y frases semejantes, son tan intolerables y tan inmorales como «borracho pero amable», «tramposo pero de trato muy fino», «criminal excelente» y otras parecidas.

Sobre la Administración de Justicia

“Todo el sistema judicial y policial de Inglaterra me parece estar basado en la idea de que alguien debe ser castigado co-

mo ejemplo, sea culpable o inocente.

Debiéramos tener en cada tribunal hombres cuya sola misión consistiera en defender a los reos. Debiera haber detectives públicos cuyo negocio consistiera, no en perseguir crímenes, sino en descubrir falsedades en la prueba aportada por la policía. En este cuerpo los ascensos deberían alcanzarse según el número de absoluciones, más bien que según el número de reos condenados, como sucede hoy.

En toda mi vida no recuerdo que haya habido jamás un número tan grande de gentes perfectamente honradas, magnánimas y ultra respetables que hayan ido a la cárcel.

Cruel sistema penitenciario

“Nuestro sistema penitenciario es horriblemente malvado. A todo hombre que entra en contacto con él lo vuelve peor de lo que era. Es brutal y estúpidamente cruel. Cada día se hace más fácil condenar individuos, y me parece que dentro de un tiempo muy breve no quedará un hombre honrado en el país que no haya sido condenado por lo menos a seis meses de prisión.

La señora Stephen Hobhouse me dijo hace poco que ella había estado hablando con el presidente del Tribunal Supremo acerca de su hijo, condenado por resistirse al servicio militar por razones de conciencia. El alto Magistrado se mostró muy apenado cuando lo supo y expresó la esperanza de que al menos ella tendría el consuelo de escribirle y mandarle alimentos. A lo cual la señora replicó: “¿Quiere decir que usted ha estado ejerciendo de juez y condenando hombres a la cárcel durante toda la vida, y sin embargo, no está enterado de que yo no le puedo mandar nada, de que él sólo puede escribirme una vez al mes y de que sólo puedo verle por entre las rejas de la cárcel?”

El Presidente de la Corte Suprema no sabía nada de esto. Todos los magistrados, todos los jueces, todos los miembros de la Corte Suprema, todos aquellos cuya ocupación consiste en mandar hombres a la cárcel, debieran ser obligados a pasarse tres meses en presidio para que aprendan lo que ello significa.

Ningún juez mayor de 35 años

“La mayor parte de nuestros jueces son demasiado sentimentales. Cuando un hombre llega a los 40 se deja arrastrar demasiado

por sus pasiones y a medida que envejece las pasiones le dominan más. En cambio, existe una gran pureza de espíritu y pasión por la justicia en casi todo hombre joven. Después de esa edad se les debe dejar libres de que ejerzan su carrera de abogado donde puedan dar rienda suelta a sus impulsos.

“La idea de que la edad y la experiencia constituyen una garantía de la justicia, es groseramente falsa. Los jueces son por lo general demasiado viejos. Un jurado escogido en una lista de contribuyentes suele ser más imparcial y representativo. Pero hay un conflicto siempre en pie entre el juez y el jurado, y siempre vemos al juez tratando de persuadir al jurado de qué debe fallar sobre los hechos y no sobre el punto preciso de la moral o psicología del hecho, que es lo único que importa.

Sobre el bolshevismo

“¿Somos o no somos bolshevistas?

Pues bien, sí; lo somos. ¿Qué otra cosa podríamos ser? ¿Por qué vacilamos en llamarnos bolshevistas? Por cobardía moral, sin duda. Pero quizás hay otras razones. El nombre es ambiguo y bajo una u otra de las acepciones de la palabra, toda la Cámara de los Comunes es bolshevista; y ningún caballero puede prestarse fácilmente a que le confundan con algunos de los héroes de la última elección general que ahora ocupan asientos allí.

“Hay dos definiciones del bolshevismo.

“En boca de los que defienden el orden actual (si es que se puede llamar orden), bolshevismo significa lo mismo que socialismo. Yo soy socialista y, por consiguiente, bolshevista.

“Pero en boca de los demócratas doctrinarios, bolshevismo es aquel que, habiendo perdido toda esperanza en la democracia, en vista de acontecimientos tales como las elecciones últimas de Inglaterra y la guerra que las hizo posibles, se ha dado cuenta del hecho de que las masas sólo son gobernables por una mezcla de zafamería y coerción, disfrazada de frases rimbombantes y aplicada, por una minoría enérgica que sabe lo que desea y está resuelta a conseguirlo, a la mayoría, esto es, “a los cuarenta millones de hombres, la mayor parte imbéciles” de que habló Carlyle, conocidos en Inglaterra antiguamente con el nombre de John Bull, Uncle Sam o Brother Jonathan y que ahora han sido vueltos a cristianar con el nombre, más significativo, de Henry Dubb. Esta segunda definición abarca cla-

ramente a toda nuestra clase gobernante y a su séquito de partidarios. Queda demostrado, pues, que todos somos ahora bolshevistas bajo una u otra definición. ¡Tres hurras por el bolshevismo!

“Pero ¿por qué el bolshevista británico de la segunda clase tiene tan extraña sed de la sangre de su hermano en Rusia? Los dos tienen la misma opinión de Henry Dubb y los dos proceden de la misma manera. Esto es rigurosamente cierto; pero también es rigurosamente cierto que los fines que persiguen son distintos. Lenine adula y coacciona a las masas, por el bien de ellas mismas y en nombre del profeta Marx. Nuestros bolshevistas ingleses, en cambio, adulan y coaccionan a las masas, en bien de su bolsillo particular, sin importarles un bledo ningún profeta. «Beneficios líquidos» es lo único que a ellos les quita el sueño.

“Yo no puedo negar que soy también un poco bolshevista bajo la segunda acepción, aunque me he llamado a mí mismo demócrata muchísimas veces. A uno no le es siempre muy fácil evitarlo cuando se encuentra ante un mitin de engatusables «Dubbs». Siempre que se le dice a Henry Dubb que su voz es la voz de Dios, se le oye gritar inmediatamente: «Bravo, bravo, capitán! Pero... díganos ahora lo que tenemos que decir. Se le dice, y él lo repite automáticamente. Hay que convencerse de que Henry Dubb es tan incapaz de hacer sus propias leyes como de escribir sus propios dramas. Si se le dá el voto, es sencillamente porque la tarea de engatusarlo resulta más fácil que la de coaccionarlo.

“Cuando uno discute sobre la democracia con cualquiera que haya pasado de los veinte años y que haya tenido alguna experiencia práctica de los belenes electorales, siempre se acaba por quedar de acuerdo en que la frase «gobierno del pueblo» nunca equivale a más que la de «gobierno por el consentimiento del pueblo». Ahora bien; desde el momento en que usted trata de gobernar por consentimiento del pueblo, inmediatamente descubre que el pueblo nunca consiente en que le gobiernen. No hay un solo hombre en el pueblo que pague sus impuestos y contribuciones, a menos que no sea bajo la amenaza de prisión perpetua para el caso de que se resista. Mi sastre no puede secuestrar mi persona para cobrarme su cuenta cuando yo no le pago. Ni siquiera el casero lo puede hacer, aunque pueda apoderarse de mis muebles, siempre que yo no los haya trasplantado a tiempo. Pero el rey sí puede y ésta es una reserva muy necesaria. Es que Henry Dubb tiene algún escrúpulo

de conciencia cuando se trata de pagar su sastre y su casecro; pero no tiene ninguno cuando se trata de su rey, cuyo único vicario es el colector de contribuciones.

“En todo cuanto afecta al Estado, Henry Dubb desea hacer lo que le dá la gana y obtenerlo todo gratis. De aquí su gran simpatía por los caballeros y magnates aristócratas, quienes llevan estas mismas aspiraciones suyas a la vida privada. Henry llama al socialismo «la dictadura del Estado» y a la administración de los asuntos públicos, «expedienteos». El patrono privado, que le explota todo lo que quiere y cuando ya no le puede sacar más jugo lo tira al arroyo para que se muera de hambre, es su «generoso benefactor»; en tanto que el funcionario público que le dá una ocupación permanente, en servicio propio, con una pensión, no es más que un burócrata.

“Conferirle los beneficios del socialismo a Henry Dubb equivale a alimentar por la fuerza a un perro furioso que esté malo de la garganta. Sin duda que Lenine o Trotzky se dieron cuenta de esto. Ellos sabían que si dejaban a Henry Dubb suelto, cualquiera otro enérgico representante de la voluntad de una minoría lo vendría a engatusar y a coaccionar, no por su propio bien ni por el bien del mundo, sino para su perdición y la perdición de su posteridad. Y puesto que Henry, hasta que aprenda la necesidad que hay de gobiernos, tiene que ser forzado por alguien a que se someta a un gobierno, es mejor que se le fuerce a someterse a un gobierno honrado que no a un gobierno ladrón.

“Esta es la réplica que debemos dar a los que nos vienen con el cuento de «que el pueblo ruso se opone al gobierno de Lenine». Bien; y qué? Todos los pueblos se oponen a todos los gobiernos.

“Lo que yo quisiera es lograr que nuestro propio gobierno pudiera ser convencido de la necesidad de tomar en serio la situación actual. Si persistimos en hacerle la guerra a Rusia, con el santo fin de obligar al Henry Dubb ruso a que restaure al Czar, provocaremos una crisis política comparada con la cual la última guerra resultará cosa de guasa.

“Durante la guerra, los ingleses teníamos entre nosotros ingleses que deseaban

ponerle fin. Teníamos ingleses que creían que nunca debió haberse comenzado. Teníamos ingleses que deseaban terminase en un empate, sin dejar más acritud que la del remordimiento, en unos y otros, de la gran locura de haber participado en orgía tan monstruosa de suicidio y asesinato europeo. Pero no había ningún inglés que deseara que ganasen los alemanes y que nos impusieran el sistema prusiano en Inglaterra. El pro-germanismo siempre fue una leyenda, un simple pretexto para saquear panaderías, y para que ciertos malhechores políticos e intelectuales trataran de saquear el parlamento y las universidades. Pero si continuamos nuestra guerra monarquista contra la revolución rusa, vamos a tener muy pronto en Inglaterra—si es que no le tenemos ya—el pro-rusianismo. Habrá millones de ingleses, quizás los ingleses mejores, que lejos de desear el triunfo de los generales Kolehak y Denikin, rogarán con todo fervor que los soldados bolshevistas exterminen las tropas de cosacos en que, para vergüenza nuestra, figuran muchos soldados ingleses.

“Y este conflicto no se resolverá con el fácil recurso de condenar—como se hizo durante la guerra—a dos años de cárcel al cualquiera que por razones de conciencia se niegue a vestirse de khaki. El conflicto se traducirá en una resistencia pasiva general al colector de impuestos, si es que no se convierte en una resistencia activa llevada al extremo de una guerra civil. Pues sabido es que la guerra en el Este no es más que una repercusión de la lucha social del Oeste.

“Si nuestro Gobierno es bastante loco para seguir jugando con ese fuego, puede suceder muy bien que para extinguirlo no sea bastante el repartir periódicos de a centavo, con propaganda y comentarios idiotas acerca de las atrocidades bolshevistas. Ninguna atrocidad rusa de las que el gobierno abulta y propaga tanto, puede romparse ni remotamente en horror con la atrocidad de una posible restauración del Czar por las armas inglesas. Por desgracia, no es posible confiar gran cosa en que nuestros actuales gobernantes tengan cultura bastante, sesos bastantes, o bastante conciencia política para apreciar bien la gravedad de estas advertencias.”